

Michael Theunissen, *Anteproyectos de modernidad: antigua melancolía y acedia de la Edad Media*, trad. de Antonio de la Cruz Valles y Naomi Kubota, Valencia, Universidad de Valencia, 2005, pp. 87.

ANTONIO DE LA CRUZ VALLES
CSIC, Madrid

Quizás una de las consecuencias más desastrosas de la institucionalización mercantil de la filosofía sea la de haber entregado el debate de las ideas al voraz apetito de la moda, pues mientras el ímpetu editorial favorece la rápida traducción y cuidada edición de aquellos autores considerados “mediáticos” (Habermas, Zizek, Agamben, Derrida, Jameson o Sloterdijk), desprecia de forma sistemática a quienes no pudieron aprovechar su instante kairológico para publicitarse globalmente. Sólo con semejante hipótesis podría entenderse que hayamos tenido que esperar tanto para ver traducida, por primera vez, una obra de Michael Theunissen.

Desde su cátedra de filosofía teórica y junto a Jacob Taubes y Ernst Tugendhat, Theunissen participó de una generación de profesores que convirtieron a la Freie Universität de Berlín en lugar europeo de referencia para el estudio de la filosofía a principios de los ochenta. En su pensamiento encontramos un abanico de intereses que abarca desde la prolija ocupación con Hegel, Kierkegaard o la ontología social, hasta la relación de las enfermedades mentales con el tiempo, la teología negativa, o, más recientemente, el estudio de los orígenes prefilosóficos de la filosofía. En cada uno de sus trabajos la vasta erudición está al servicio de una aguda e intrépida intuición hermeneútica: mediante el estudio y comentario de textos pertenecientes a la tradición occidental Theunissen aspira a desenmarañar el confuso —y muy a menudo también confundido— uso que los autores modernos y contemporáneos hacen de conceptos heredados de dicha tradición.

El libro que nos ocupa es un ejemplo paradigmático de tan wittgensteniana estrategia pues, una vez constatada la polisemia que en nuestro tiempo aqueja

al concepto de melancolía, Theunissen propone la reelaboración del sentido mediante una exégesis de sus orígenes. El primer autor estudiado es Teofrasto, filósofo aristotélico cuya peculiaridad se sitúa precisamente en la idea tan poco aristotélica, tan moderna en cierto sentido, que tiene de la melancolía; Theunissen consigue reconstruir cada uno de los antecedentes teofrásticos, indicando tanto las continuidades como las rupturas y, lo que es mucho más importante, articulándolas en torno a la tesis de que “de la descomposición de la antigüedad clásica legible en el texto de Teofrasto se desprende una variante de la modernidad” (p. 24). Por ejemplo: Platón —quien es señalado como “el primer autor en elaborar un concepto consistente de locura”— puede considerarse el inspirador de la consideración teofrástica de la melancolía como una forma de manía; pero al mismo tiempo, en el camino que conduce a la modernidad, se ve superado por el aristotélico al someter éste la idea platónica a una “desteologización y naturalización”. Las repercusiones que Teofrasto tendrá para el concepto moderno de melancolía son múltiples y variadas, pero podría resumirse en que, al reconocerla como una disposición natural presente en todo ser humano, Teofrasto problematiza el propio concepto de lo natural: la melancolía se convierte en enfermedad por un exceso de aquello que es natural. Se bosqueja una estructura doble y dialéctica de la enfermedad: dialéctica es la melancolía externamente, al ser lo negativo el fundamento de lo positivo, pues Teofrasto inicia su investigación preguntándose “por qué todos los que sobresalen son melancólicos”; y dialéctica es la melancolía también internamente, pero de nuevo en un doble sentido: al abarcar tanto la manía como la depresión (en lo que fácilmente se reconocen los contornos de la psicosis ciclotímica), y al contraponerse la melancolía natural a la melancolía patológica. El peso que Theunissen concede a Teofrasto es tal que lo define como el fundador de la moderna psicopatología y, al mismo tiempo, como padre de su relativización más contemporánea “al problematizar con el concepto de naturaleza la idea de que entre la salud mental y la enfermedad mental haya una línea diferenciadora todavía natural en sí misma” (p. 37).

Una vez establecido el origen clásico de la melancolía, Theunissen introduce en su reconstrucción arqueológica el concepto medieval de acedia, eligiendo a Santo Tomás como su mayor exponente. No obstante, proponer la acedia como segundo antecedente de la moderna melancolía no implica que

ésta se sume, en un desarrollo cronológico, a la caracterización antigua, sino que más bien prefigura un segundo tipo de modernidad distinto al de Teofrasto. Dicho de forma más precisa: las distintas variantes de modernidad resultantes serán producto no de la prolongación de una tradición u otra, sino del modo en que los autores posthegelianos (pese a que pretendan elegir en cada caso una opción) confundan ambas. La acedia, esa “tristitia de bono divino”, aunque coincida con la melancolía clásica en tanto que estado depresivo, se diferencia en dos aspectos decisivos para la posteridad: por un lado, no es una patología en la que el sujeto ve alterada su relación consigo mismo, sino que, al estar referida a Dios, posee una “capacidad apertiente” mucho mayor que alcanza al mundo entero; por otro lado, dado que Santo Tomás pretende denunciarla como pecado, es descrita como consecuencia de la imprudencia humana, un fenómeno de la libertad y no una disposición natural. Para solucionar la incongruencia que supone el deprimirse por un bien divino, Theunissen denuncia el déficit experiencial de la teoría tomística; su hipótesis es que Santo Tomás ha perdido ya la experiencia originaria de la acedia, que correspondería a místicos anteriores, aquellos eremitas del desierto que en su retiro experimentaron el silencio de Dios. Y echando mano de la erudición, Theunissen se despacha con una tesis tan sorprendente como inquietante: “Si el misticismo nos hubiera legado un texto [...] no sería muy difícil ver que la acedia medieval anuncia el nihilismo de una permanente pérdida de Dios...” (p. 59).

La segunda parte del libro está dedicada al análisis de la recepción moderna del concepto “melancolía” en Nietzsche, Kierkegaard y Benjamin, tres nombres cuyo destacado papel en el inagotable debate en torno a la conciencia moderna resulta evidente. Lo que a juicio de Theunissen confiere relevancia a la melancolía y a la acedia para la caracterización de la modernidad es el lugar que en los tres autores ocupan conceptos elaborados a partir de su articulación, descuidada en Nietzsche y Kierkegaard, más elaborada en Benjamin. Nietzsche, al interpretar la concepción clásica de la melancolía como un movimiento de autotranscendencia, reivindica al superhombre como heredero del antiguo melancólico; sin embargo, frente a lo que el superhombre se sobrepone es el tedio y el asco provocado por el retorno de lo mismo, esto es, una forma actualizada de acedia que transforma la melancolía del superhombre en una tristeza trágico-dionisiaca. Kierkegaard, por su parte, intensifica la inter-

pretación teológica de la acedia al considerar la “Schwermut” (palabra del alemán moderno que significa “melancolía”, pero que los traductores han optado, para diferenciarla de la antigua melancolía, por conservar en su idioma original) como el pecado que incluye en sí a todos los demás; pero la Schwermut es descrita de forma que recuerda algunos rasgos de la melancolía griega, por ejemplo: que no sea pasajera sino que se tenga como disposición desde el nacimiento, o que se de en personas superdotadas. Finalmente, Benjamin se distingue en su tratamiento de la melancolía y la acedia porque en él “se perfila por vez primera una estructura de su conexión y a la vez con ello el tercero se perfila más nítidamente: Benjamin lo concibe como luto” (p. 62). En su estudio sobre el barroco, Benjamin pretende reflexionar sobre la historicidad de dicha concepción a partir de la descripción de la conciencia dubitativa que los personajes dramáticos tenían de sus acciones, en lo que constituye el primer intento de pensar la melancolía antigua y la acedia medieval como productos de una determinada época: los personajes barrocos no son ni enteramente melancólicos ni exclusivamente acediosos, sino que en ellos se “transforma la melancolía, de una manera que parece paradójica, en un órgano para el recuerdo de un Dios oculto, que se muestra sobre el fundamento de la acedia en la contemplación” (p. 73). Al padecer una melancolía interiorizada frente al mundo abandonado por Dios, el drama barroco crea la categoría redentora del luto como mediación entre las dos antiguas tradiciones.

El libro se completa con una bibliografía seleccionada de Michael Theunissen y un comentario introductorio de Romano Poci —asistente del propio Theunissen durante muchos años— muy recomendable para conocer la figura del autor y facilitar la lectura de una obra que si adolece de algo quizás sea la de condensar hipótesis hermeneúicas, ideas acerca de la modernidad y detalladas exégesis en muy pocas páginas. Confiamos en que algún golpe inesperado de moda nos acerque obras más extensas del viejo “Professor”.